

si no asumimos en nosotros esa doble llamada hacia lo alto de la santidad y la caballeridad. No hay otro camino ni programa».

El trazado de ese camino lo expresó con los versos en que Jorge Manrique hizo la semblanza de su padre con ocasión de su muerte.

Cierto es, explica a continuación Francisco José, que hoy, el caballero no va a ser tenido por la consideración en que fueron tenidos el Rey San Fernando y el Maestre de Santiago don Rodrigo Manrique. Por eso, con un ¡no importa!, invocó a Don Quijote con sonoras estrofas de Rubén Darío, y mostró, descrita en versos de Gabriel y Galán, la España dolorida, que tanto necesita hoy de caballeros y santos. ¡Qué bien recita Fernández de la Cigüeña!

Eran más de las doce pero los concurrentes no tenían prisa alguna en abandonar una reunión que a todos resultaba extraordinariamente grata.

Begoña García-Conde.

DISCURSO DE LEONOR VEGAS-LATAPIE

Queridos amigos y correligionarios:

Un año más nos reunimos para celebrar la fiesta de San Fernando, hoy más que nunca santo Patrón de la Ciudad Católica.

En efecto, nuestra labor se ha convertido en una verdadera reconquista de la Ciudad Católica, ya que desgraciadamente la actual ha dejado de serlo.

A la hora de llevar a cabo esta reconquista, que no es otra que recuperar y restablecer la civilización cristiana, la ciudad católica, debemos tener siempre presente lo que decía San Fernando:

“Tú, Señor, sabes que no busco mi gloria sino la tuya, y que no deseo tanto el aumento de mis reinos, cuanto el aumento de la fe católica y la religión cristiana.” ¡Qué mejor modelo a imitar que el de este valiente y santo guerrero que fue San Fernando! Nos da un claro ejemplo de actuación por su catolicismo militante, su prudencia y su caridad y justicia. Le consideramos hoy más que nunca nuestro patrón, que uno de nuestros objetivos es reconquistar la unidad religiosa, pues como bien decía Aparisi i Guijarro: “La religión católica no ha sido solamente la luz y grandeza de España, es, en cierto modo, nuestra nacionalidad”.

Respecto a la unidad religiosa, co-sustancial a la política española, quiero enlazar con lo dicho por don Marcelino Menéndez Pelayo en el Epílogo de los Heterodoxos: “España, evangelizadora de la mitad del orbe; España, martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio...; esa es nuestra grandeza y nuestra unidad: no tenemos otra. El día en que acabe de perdese, España volverá al cantonalismo de los Arévacos y de los Vectores, o de los reyes de Taifas. A este término vamos caminando más o menos apresuradamente, y ciego será quien no lo vea. Dos siglos de incesante y sistemática labor para producir artificialmente la revolución, aquí donde nunca podía ser orgánica, han conseguido no renovar el modo de ser nacional, sino viciarle, desconcertarle y pervertirle. Por lo cual, para que nuestra patria

vuelva a ser la España que San Fernando fue liberando taifa a taifa y posteriormente acabaron de liberar los Reyes Católicos, tenemos que luchar fuerte y resistir, como lo hizo don Pelayo en Covadonga, así como tantos otros.

Sin embargo, nuestra lucha tiene que ir dirigida a combatir las ideas de la Revolución, actualmente vigentes en la sociedad; porque son las ideas las que gobiernan a los pueblos, y, como decía Federico Le Play: "El error, más que el vicio, es quien pierde a las naciones."

Pero, a estas ideas no se las destruye a cañonazos, por lo que nuestra labor es de propaganda intelectual. Y para ésta, es indispensable una sólida formación que habrá que proyectar en una acción concreta.

Nuestra misión, en primer lugar para nosotros, los jóvenes de Speiro, es proveernos de una sólida formación —no para engordar en sapiencia—, sino que nos marque las líneas que debemos seguir en nuestra actuación. Para ello, además de estudiar y leer libros doctrinales —que no nos faltan—, debemos seguir las pautas de aquellos que nos antecedieron en la lucha por el Derecho Público Cristiano y que iniciaron en España la labor de la Ciudad Católica.

Una vez formados, nuestro deber es buscar y propagar la Verdad por doquier. No en valde Speiro, nuestra editorial, significa en griego "sembrar".

Nuestra divisa, tomada del hermoso poema de Cristina de Arteaga, es "sembrad":

"Sin saber quien recoge, sembrad
serenos, sin prisas,
las buenas palabras, acciones, sonrisas...
Sin saber quien recoge, dejad
que se lleven la siembra las brisas."

Esta estrofa de Cristina de Arteaga, tan llena de contenido, resume nuestra misión: sembrar sin esperar recoger el fruto de nuestra labor. San Fernando no recogió todos los frutos de sus esfuerzos; sin embargo, a su muerte, dejaba asegurada la reconquista, que aún duraría dos siglos.

Del siglo XIII, en el que reinó San Fernando, Menéndez Pelayo escribió:

"Aquella edad fue completa, aunque no fuese perfecta. La vida exterior se desarrolló próspera y fecunda, por lo mismo que la vida interior y espiritual eran tan intensas. A quien busca el reino de Dios todo lo demás le será dado por añadidura. No hay medio tan seguro de caminar por la tierra como llevar puestos los ojos en el cielo.

Los santos nos dan la clave de los sabios y de los héroes; quitad del mundo a los que rezan y habréis quitado a los que piensan, y a los que pelean por causa justa, y a los que saben morir."

Además, el reinado de San Fernando con su poder no absoluto sino que limitado por la Iglesia, por los cuerpos intermedios y por la ley natural, es un claro testimonio en favor de la monarquía católica y tradicional.

Finalmente, nuestra táctica para omnia instaurare in Christo —restaurar todo en Cristo— ha de ser la formación de élites, ya que únicamente la élite —dijo Paul Bourget— es apta para conducir a los hombres.

En esta formación de élites, de un núcleo selecto de resistencia, es

donde reside nuestro futuro triunfo. El hombre católico no ha de ser sólo teórico sino práctico en su campo propio. Concretamente, a nosotros, jóvenes y estudiantes, nos corresponde la Universidad, ya que así es como lograremos un éxito seguro.

Para terminar, deciros que nuestra acción, a ejemplo de la de nuestro santo patrón, ha de tener una visión trascendente y sobrenatural de la lucha. Ya decía Carlos VII: "Dios quiere salvar a España, pero quiere que vea que es El quien la salva".

Por otro lado, el recuerdo de la España del siglo XIII, de la que habla don Marcelino, no debe inducirnos al desaliento y a la inacción, sino que, por el contrario, debe alentarnos, junto a San Fernando, a luchar por ese gran ideal que es "Adveniat REGNUM TUUM".

DISCURSO DE JAVIER URCELAY

Queridos correligionarios y amigos de la Ciudad Católica:

Escribía Sánchez Muntáin que "San Fernando parece puesto en la historia para tonificar el espíritu de los españoles en cualquier momento de depresión espiritual".

Y depresión espiritual, más quizás que otra cosa, es lo que sentimos hoy, impotentes espectadores de un orden moral, social y político basado en la ley divina y la naturaleza de las cosas, mortalmente herido por el liberalismo, y que entre estruendos se derriba.

Se ha desechado a Cristo, piedra angular, y es todo el edificio el que se nos viene abajo: la familia y la escuela, el clero y la milicia, la Universidad y la parroquia, las artes, la cultura..., tambaleantes o convertidos en escombros, mientras una legión de gusanos y malas hierbas proliferan y asoman debajo de cada piedra y entre los márgenes de cada grieta.

¡Comamos y bebamos, se nos dijo entonces, emborrachémonos y dancemos toda la noche hasta el alba, pues nos hemos liberado de las cadenas que nos ataban y el yugo que nos oprimía, porque hemos juzgado la ley divina y la hemos encontrado necia, porque hemos examinado la ley natural y decidido repudiarla. Somos pueblo emancipado y estirpe de soberanos!

Y, sin embargo, en medio de los brindis y las risotadas, la humanidad y los españoles empezamos a notar que un escalofrío nos recorre la médula y la risa se ha helado en nuestro rostro y convertido en mueca trágica de dolor: atentados, terrorismo, inseguridad, paro, angustia de vivir sin saber para qué, discordias civiles, hambre...

Como en aquella famosa película, quisimos ser eternos saltándonos de los límites que se nos habían señalado, y vemos ahora con horror cómo la eterna juventud no era un derecho, sino un regalo, y cómo al despreciarlo, nuestro rostro horriblemente envejecido al perder el privilegio, se transforma en una llaga corroída por el paso del tiempo y la muerte.

La historia se repite. La tentación a nuestros primeros padres es la tentación a toda la humanidad de todos los tiempos: ser como dioses. Así como ellos fueron arrojados del paraíso y desprovistos de los dones que les fueron dados, teniendo que parir con dolor y ganar el pan con el sudor de la frente, así también los hombres de hoy, que quisimos tocar el cielo con nuestra babel de declaraciones universales,